

jeasen y lo regalasen... todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres... Es una ingratitud contra los chihuahuenses que después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios en sostener á Juárez con esquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales, se les arrojen cínicamente á la cara los terribles sufrimientos que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad con el peor de los círculos del infierno del Dante. » (Ver. p. 864, 823).

CAPÍTULO XV.

La intervención norteamericana. Confesión del vicepresidente de la República, D. Ignacio Mariscal. — Duplicidad de los Estados Unidos. Sus veleidades de reconocer el Imperio de Maximiliano. — Su egoísmo confesado por Blaine. — Sus intentos de apoderarse de México. — Contratos ruinosos de Juárez con los Estados Unidos. — Los bonos Carvajal. Venta simulada de la Baja California. Folleto en tres idiomas para vindicar á Juárez.

LOS liberales, de suyo tan quisquillosos cuando á la luz de los documentos históricos un escritor católico estudia la vida política de Juárez, parecen, sin embargo, haberse reservado el derecho exclusivo de despojar poco á poco á su héroe de los falsos títulos de gloria que ellos mismos le habían colgado al pecho. Se le acusaba de haber triunfado de Maximiliano con el auxilio de los norteamericanos; se indignaba Vigil de que los conservadores hiciesen tal suposición « con el fin de disminuir el incontestable mérito de la defensa nacional; » (p. 636) y hé aquí que el citado escritor apoya, á vuelta de hoja, lo dicho por los conservadores, afirmando que el presidente Johnson derogó la orden que prohibía la exportación de elementos de guerra para México, y autorizó tácitamente el reclutamiento de voluntarios que se proponían ir á ayudar á los mexicanos en su lucha con los franceses. (p. 713).

Lejos de oponerse á estos reclutamientos, por más que ellos disminuyesen el incontestable mérito de la defensa nacional, confiesa Cosmes que « el gobierno de Juárez comunicó al General Sánchez Ochoa instrucciones acerca de la aceptación de servicios de extranjeros..., y que autorizó, el 12 de noviembre de 1864, á José María Carvajal para admitir los servicios de 10,000 extranjeros. » (t. 23. p. 98, 103).

El General liberal José María Arteaga escribía desde Ciudad Guzman, el 22 de junio de 1864 : « El contrato del señor Juárez con los Estados del Sur es cierto. He visto con Uraga las cartas en que se comunica; y aunque no se fijan los términos, por otros conductos se sabe que consisten en que

entregarán al señor Juárez tres millones de pesos por permisos para nacionalizar su algodón, y licencia para enganchar 30,000 americanos. » (El original de esta carta hállase en poder del señor Ingeniero D. Cirilo Gómez Mendivil. Lagos. Jalisco).

El mando de las tropas juaristas enganchadas en los Estados Unidos fué confiado á los Generales Reed y Crawford; (Dom.) y con los desertores de las tropas belgas y austriacas, formó el General republicano Régules una legión extranjera, (Arr.) además de que « bastantes austriacos militaron á las órdenes de Porfirio Díaz en Puebla, San Lorenzo y en el sitio de México. » (Ag.).

« Juárez ofreció recompensar con tierras á los extranjeros que se presentaran con armas para servir en el ejército » (Riv.) Atraídos por el cebo de ventajas tan halagüeñas, en los primeros días de agosto de 1866 llegó á Matamoros, en un excelente vapor procedente de Nueva York, el General norteamericano Wallace acompañado del mayor General Sturm. El expresado general llevaba 8,000 pistolas giratorias de seis tiros, 4,700 carabinas, dos baterías de 12 piezas cada una, cantidad considerable de pólvora y algunos centenares de voluntarios norteamericanos. (Za.) El General Sturm prestó auxilios á Juárez en calidad de general de brigada, (La Iberia. 17 junio 1868) como se los habían prestado en 1859 el general americano Wheat y el filibustero Cheesman á quien Juárez decoró con la banda de general de brigada (Av. 4 ag. 26 oct. 1859).

En un brindis pronunciado en Chicago, el 9 de octubre de 1899, el señor Ignacio Mariscal, Vice-presidente de la república, hizo la siguiente importante confesión en la cual, según dijo, « expresó los sentimientos del Presidente Díaz y del gobierno mexicano hacia los Estados Unidos : Hace menos de cuarenta años, tuvimos que combatir contra la Intervención napoleónica; y á pesar de una resistencia tenaz y heroica, que duró cinco años, pudimos haber sucumbido á fuerza mayor, ó más bien, pudimos haber tenido que prolongar una amarga lucha, á no ser por la poderosa influencia de los Estados Unidos que puso pronto término al negocio en favor nuestro. » Según Bulnes, « el señor Mariscal dijo una gran verdad en su brindis que fué rudamente censurado. Sin los Estados Unidos la resistencia de los republicanos habría terminado, si no ante 30,000 franceses, sí ante sesenta, cien ó trescientos mil. La vanidad de nuestros militares y la nacional no puede sostener con éxito que una nación de quinto orden como México en 1867, y sin orden respecto á recursos financieros, hubiese podido resistir á la primera potencia militar y financiera del mundo. La Historia tiene que aceptar el brindis del señor Mariscal... como una verdad de salud, de hombre honrado y sobre todo de ex-secretario de la legación de México en Washington, cuyo puesto se prestaba á la estimación correcta del problema mexicano durante la Intervención. » (Ver. p. 830).

Ante un cúmulo de pruebas tan evidentes del auxilio prestado por los Estados Unidos á los liberales en su lucha contra el gobierno de Maximiliano, da risa oír al señor Vigil diciendo con grande aplomo, como si hablara con niños de teta : « El partido nacional no necesitó de un solo soldado

extranjero para hacer triunfar la causa de la república. » (p. 714) Otro escritor liberal, no menos verídico que Vigil, asienta que su partido « no contó con el auxilio físico de nadie en su lucha contra Maximiliano. » (Zer.) Cuanto al inmaculado Juárez, hé aquí como él también adultera la verdad : « El triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la república, lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos sin auxilio de nadie. » Con razón Bulnes no puede menos de confesar indignado que « nuestra vanidad es un jugo de ignorancias; se pretende hacernos pasar por maravillosos en letras de imprenta, porque verbalmente somos los más audaces para decir la verdad, y los más hipócritas para deshonrarla con la pluma. » (*Ment.* p. 267).

‘A vuelta de probar que Juárez debió el triunfo de su partido á la intervención norteamericana, le hace cargo Bulnes de haber llamado en su auxilio á los extranjeros para decidir asuntos domésticos con mengua de la soberanía é independencia nacional. « Juárez nunca tuvo derecho para pedir al gobierno americano auxilio material contra Maximiliano quien, una vez retirado el ejército francés, no era ante el derecho y ante los hechos más que el jefe de un partido mexicano. De no ser así, Juárez tenía que reconocer en los Estados Unidos el derecho que negaba á Napoléon : intervenir en nuestros asuntos domésticos., y se ponía en el mismo caso de Almonte cerca de Napoléon III, rogándole que interviniese en la política mexicana. » (*Ver.* p. 361, 362).

Juárez humilló á su patria cuya independencia desconoció indirectamente con reconocer de un modo indirecto la doctrina Monroe en cuya virtud se niega á los pueblos de la América Latina el derecho de escoger la forma de su gobierno. « La doctrina Monroe llevada por los Estados Unidos hasta impedir que los pueblos latino-americanos establezcan instituciones monárquicas, es un ataque á la soberanía de esos pueblos. Ciertamente que en México el Imperio fué puesto por un ejército extranjero; pero correspondía al pueblo mexicano libre aceptarlo ó derrocarlo. En semejante cuestión nada tenían que ver los Estados Unidos. » (*Ver.* p. 361).

Estas complacencias de Juárez hacia los Estados Unidos no lograron atraerle siquiera las simpatías del gobierno americano de cuya amistad tanto alardean los liberales. « Es falso, dice Cosmes, que en los Estados Unidos encontró la causa republicana, no sólo simpatías, sino auxilios de todo género... Bueno es hacer constar que precisamente en los momentos en que el gobierno norteamericano prohibía la exportación de armamento para los republicanos, permitía que los agentes de Francia comprasen y trajesen á la república mulas y carros de transporte para el servicio del ejército invasor. » (t. 23. p. 103, 94).

La conferencia de 18 de septiembre de 1862 celebrada por el señor Romero con Mr. Seward enseñaba á Juárez la situación con una claridad que no permitía dudas, ni vacilaciones. « Lo expuesto, decía Romero, acabará de persuadir al supremo gobierno que no tenemos por ahora, absolutamente nada que esperar de este gobierno. El presidente, sus ministros, los hombres de Estado del país y la masa del pueblo en general, conocen perfectamente los

planes de la Francia respecto de México y la hostilidad del gobierno del emperador á la Unión Americana; consideran que la invasión de México es lo accesorio y que sólo tiene por objeto facilitar el camino para llegar al objeto principal, que es consumir la división de los Estados Unidos; pero todas estas consideraciones lejos de inducirlos á prestarnos algún auxilio, son otros tantos motivos que los determinan á no hacer en nuestro favor aun lo más sencillo, si con ello temen que se ofenda la Francia. Saben perfectamente bien que el gobierno francés sólo está buscando un pretexto para romper con los Estados Unidos, y están determinados á no dárselo... Además, el egoísmo de los norteamericanos es igual si no mayor al de sus padres los ingleses; les hace ver con indiferencia los males ajenos, siempre que no les afecten inmediatamente, y no se detendrían en sacrificar no sólo á México, sino acaso al continente entero, si creyeran que con ello alejaban la intervención francesa de sus asuntos y la guerra con Francia. »

El 10 de diciembre de 1862, el señor Romero enviaba á Juárez la siguiente nota de sensación : « Tengo la honra de remitir á ud copia de la respuesta que hoy dirijo á Mr. Seward, sobre la posición que ha asumido este gobierno al permitir á los franceses que saquen de este país cuanto quieran; al paso que nos niega á nosotros el mismo privilegio. Mi nota parecerá á usted tal vez poco conciliadora; pero no he podido menos que indignarme al ver la conducta incalificable que ha seguido este gobierno. Me he aprovechado de esta oportunidad para una relación de todo lo ocurrido en este desagradable asunto que no deja muy bien puesta la buena fe de este gobierno. »

« El permiso de extraer mulas y carros de los Estados Unidos para que el ejército francés pudiese hacer la campaña en México, dice Bulnes, nos causó inmenso perjuicio. El ejército francés no podía moverse de Veracruz... Sin este auxilio los franceses habrían tenido que esperar lo menos tres meses para comenzar el sitio de Puebla, y los mexicanos habrían aumentado sus elementos de resistencia y ganado tiempo, que era lo que más se necesitaba. Por otra parte, los Estados de Nuevo León, San Luis, Aguascalientes y Tamaulipas comisionaron y expensaron al Coronel D. Juan Bustamante para que comprase armas en los Estados Unidos, y una vez obtenidas parte de éstas, el gobierno de los Estados Unidos prohibió que saliesen del territorio de la Unión, y ordenó que si se intentaba su exportación, fuesen capturadas y decomisadas. » (*Ver.* p. 133, 134)

Aun más : « en ciertos momentos críticos para la causa republicana., en los mismos Estados Unidos se dudaba de la sinceridad con que el gobierno norteamericano ayudaba á la causa de la república mexicana. » (*Cos.* t. 19. p. 77. 80)

« Mr. Seward reconoció que el ensayo de las instituciones democráticas que se hizo hace más de medio siglo, estuvo lejos de serle provechoso, y causó á ese desgraciado país más perjuicios que bienes. » (*Dom.*)

« Mr. Seward nunca fué amigo del gobierno republicano de México. Desde 1860, siendo senador á la sazón, « si no tomó abiertamente la defensa del llamado gobierno reaccionario, sí, censuró muy severamente que la admi-

nistración (de los Estados Unidos) hubiera reconocido al constitucional, manifestando hostilidad hacia él, y considerándolo como una de las facciones que dividen al país, y no como un gobierno nacional, » decía D. Matías Romero el 1º de agosto de 1861. Las simpatías de Mr. Seward estuvieron siempre del lado del llamado gobierno reaccionario. » (*Gar.* p. 143)

« Al terminar el año de 1864, dice Frías y Soto, el gobierno americano obtuvo tales triunfos que ya entonces parecía que la Unión quedaría vencedora. Y sin embargo, Mr. Seward, á pesar de que la opinión del pueblo americano se había pronunciado enérgicamente contra la Intervención francesa y el Imperio, negó todavía algún auxilio al gobierno del señor Juárez. Todavía hubo más; entonces como nunca, se creyó que Mr. Seward iba á reconocer á Maximiliano. Aun en los círculos oficiales se tuvo esa creencia cuyo rumor formidó á D. Matías Romero, » (*Glor.* p. 339) quien declaraba, en 19 de octubre de 1864, « que sus peores temores eran el reconocimiento de Maximiliano por los Estados Unidos. »

« Gran escándalo causó el hecho de haber publicado el *Diario Oficial* algunos documentos que demostraban claramente que el gobierno de los Estados Unidos no había sido siempre amigo de la república mexicana y hostil al Imperio, como lo aseguró en su discurso de recepción el enviado diplomático nombrado por Seward cerca del gobierno de Juárez, al regresar éste triunfante á la Capital. Este mismo enviado había estado en relaciones con Maximiliano, y el hecho de ser creación del ministro director de la política norteamericana justificaba las sospechas que se tenían en México acerca de la sinceridad de los sentimientos republicanos del gobierno de Washington.

« Decía el *Diario Oficial*: « Mucho tiempo hacía que estábamos persuadidos de la complicidad de Mr. Marcus Otterbourg, cónsul que fué de los Estados Unidos en esta ciudad durante la Intervención francesa en la república, con el llamado Imperio. No habíamos creído conveniente decir nada sobre este punto, tanto por no suscitar embarazos y dificultades á nuestro gobierno, cuanto porque nos faltaban pruebas en que apoyar nuestros asertos que tuviéramos libertad de usar. Hoy hemos encontrado, al examinar los papeles de Maximiliano, dos documentos que no dejan ya duda ninguna de la complicidad de aquel funcionario. Creemos tanto más conveniente dar á luz esos documentos, cuanto que sabemos que el gobierno de los Estados Unidos, engañado respecto de las tendencias de Mr. Otterbourg, estaba preocupado en su favor, y se negaba á dar crédito á los rumores desfavorables á aquella persona que llegaban hasta Washington. Tenemos, además, otros documentos que hacen relación á Mr. Otterbourg y que publicaremos próximamente. » El gobierno americano, que tanto alardeaba de amor á la república mexicana, y de constancia en su política de desconocimiento del Imperio de Maximiliano, se mostró algo disgustado por el procedimiento del *Diario Oficial*, y así lo hizo saber al representante de nuestro país en los Estados Unidos...

« Tan cierto es que tuvieron los Estados Unidos veleidades de reconocer el Imperio de Maximiliano, que uno de sus periódicos dijo expresamente: « La elección de nuestro jefe de Estado, Seward, primero fué un emperador

como Maximiliano; pero el fracaso tan patente de este augusto soberano aconsejó á Seward probase lo que podría resultar de un político arruinado, desprestigiado y tan sin principios como Santa Anna. Lo que pretendía era hacer desaparecer el republicanismo en México.

« En 1866 la tortuosa política observada por el gabinete de Washington durante la Intervención francesa, preocupándose únicamente del peligro que para su influencia en México tendría el establecimiento en este país de un gobierno de origen europeo, y no importándole nada la cuestión de principios liberales ó conservadores, á pesar de haber asegurado lo contrario á Juárez á la hora del triunfo de la causa republicana, juzgó que tal vez el prestigio de Santa Anna sería un elemento eficaz para acelerar la caída de Maximiliano...

« En un viaje que el Secretario de Estado norteamericano Seward hizo en las Indias Occidentales, se presentó en Saint Thomas, entonces residencia de Santa Anna, y sin recordar que su gobierno reconocía oficialmente á Juárez como presidente de la república mexicana, y de que los principios en que la legalidad de este gobernante reposaban eran diametralmente opuestos á los que proclamó la antigua Alteza Serenísima, en su última administración, representó cerea del desterrado el papel de demonio tentador, haciendo entrever á su nunca fatigada ambición la perspectiva de volver á ser jefe de la nación, y la esperanza de que el gobierno de los Estados Unidos le proporcionaría elementos de toda clase para organizar una expedición armada contra el Imperio... Santa Anna aceptó la promesa y al poco tiempo le vemos en los Estados Unidos procurando reclutar gente y comprar armamento para desembarcar en las playas mexicanas. Su expedición fué aplazada por el gobierno de los Estados Unidos, en vista del buen aspecto que para la causa republicana iban presentando los acontecimientos. » (*Cos.* t. 19. p. 299 y sig. p. 77, 80)

En resumidas cuentas, « si ya en las postrimerías de la Intervención Mr. Seward la combatió de una manera decidida, lo hizo obligado imperiosamente por la opinión pública de los Estados Unidos; » (*Gar.* p. 143) pero de ningún modo lo hizo para prestar un servicio á los liberales, según se puede ver en estas líneas de un célebre estadista norteamericano: « El éxito del establecimiento de un Imperio exótico en México hubiera sido un golpe fatal para todo cuanto los Estados Unidos apreciaban más, para todo cuanto ellos esperan llevar á cabo pacíficamente. El plan de los invasores se apoyaba sobre la eventualidad de la disolución de los Estados Unidos y de su división en dos gobiernos hostiles. Pero, aparte de esta posibilidad, el plan amenazaba á los Estados Unidos respecto á las cuestiones más vitales, pugna con todas nuestras instituciones y los hábitos de nuestra vida política; pues, hubiera introducido en una gran nación de este continente, capaz de un desarrollo sin límite, aquella extraña y perniciosa forma de gobierno, aquella intrincada mezcla de absolutismo y de democracia, de poder imperial fundado sobre el sufragio universal., que hubiera ejercido una maligna influencia sobre el desarrollo político de las repúblicas de la América Latina. Firmemente establecido en México, el Imperio se hubiera extendido á través

de Centro América, hasta el istmo de Panamá, dominando todas las comunicaciones del canal, entre los dos océanos que son los límites de la Unión; mientras que su expansión sobre las costas del Pacífico hubiera chocado directamente con el poder natural y creciente de los Estados Unidos. Por el hecho de mandar en el golfo de México, el Imperio hubiera tenido bajo su dominio todo el comercio de las islas de las Indias Occidentales, y cambiado radicalmente el porvenir de ellas. » (James G. Blaine, *Twenty Years of Congress*. t. 1. c. 26)

Con el restablecimiento de la república, no temieron ya los norteamericanos que México llegara á ser una potencia de primer orden, sino que vieron muy próximo el tiempo en que se la anexarían, á pesar de haberle prodigado tantas protestas de amistad. Aun en tiempo de Juárez, « lo que causaba justa inquietud en México, era que no sólo el *Heraldo* y otros periódicos de su tipo propalasen ideas de anexión de México á los Estados Unidos, sino que publicaciones más juiciosas, pertenecientes al partido republicano, opuesto siempre por principio á la extensión territorial de ese país hacia el sur, hiciesen también apreciaciones semejantes á las de la prensa que llamaríamos hoy jingoísta. Un escritor reputado del partido republicano, y de quien se decía que era inspirado por el gabinete de la Casa Blanca, publicó en uno de los periódicos considerados como intérpretes del ministro Seward, un artículo en que se aconsejaba la inmediata anexión de México á los Estados Unidos, » artículo que el señor Cosmes cree haber sido inspirado por dicho ministro ¹. (t. 20. p. 357, 362).

En 1871 se propuso de un modo oficial al Senado de la Unión que la comisión de relaciones exteriores diese un dictamen para saber si sería ventajosa para los Estados Unidos la adquisición del territorio de la Baja California y de los Estados de Sonora y Chihuahua, ó indistintamente de cualquiera de ellos. En el Congreso de la Unión un diputado hizo en el mismo mes una proposición que fué adoptada por aquella asamblea, y que, como la anterior, excitaba á la referida comisión á presentar su dictamen sobre la cuestión de saber si la Baja California sería una adquisición deseable para los Estados Unidos. (*Cos*. t. 21. p. 1012).

No hay duda de que los norteamericanos han sido para México unos amigos péfidos, y que, por parte de Juárez, fué mala política y verdadera traición el haber alentado sus deseos anexionistas con invitarlos á que se ingriesen en los asuntos domésticos de México ayudándolo á mantenerse en su idolatrada presidencia, con mengua del decoro é integridad nacional. « Nuestra república, dice un norteamericano, es grande, desmesuradamente desarrollada, é inmensamente poderosa é insolente. Nada de favor, y sólo

¹ « En principio de enero de 1879 llegaron á México varios comerciantes de Chicago: se les recibió como si fueran unos potentados: tren y almuerzo gratis, funciones de teatro, paseos, gran baile en la lonja, exposición en el patio de Minería; cuanto se pudo inventar. Se gastaron más de \$ 15,000, y los chicaguenses se marcharon sin despedirse de los mexicanos que estuvieron más de un mes obsequiándolos. » (*Payno*).

una escasa justicia se debe esperar de ella bajo cualquiera circunstancia. En inspirándola el interés ó una egoísta indiferencia, no vacilaría un instante en pisotear sin remordimiento, como lo ha hecho siempre, cualquier raza inferior como los mexicanos, indios ó chinos. No hay en todo el mundo ninguna gente ó nación de las que nos tratan íntimamente, para las cuales no seamos un objeto de miedo y de odio. » (David Wells. *Study of Mexico*. p. 212. Appleton and C^o. 1890).

La complicidad de Juárez con los norteamericanos, su intento de venderles, sin conocimiento del Congreso, parte del territorio nacional, « cuya independencia no fué comprometida por el Imperio de Maximiliano » (*Ver*. p. 304), y la aceptación del precio de esta venta, fueron causa de que sobre su cabeza menudeasen las acusaciones de traidor que sus mismos correligionarios le prodigaban á diario.

« El pueblo mexicano, decía un órgano porfirista, no quiere para su presidente al que, en Paso del Norte, ha negociado con los yanquis, dándoles por oro parte del territorio nacional. » (*Men*. 22 marzo 1871) Según otro periódico: « Los que trabajan por la reelección de Juárez, trabajan porque México pierda su autonomía, su independencia y hasta su ser político como nación soberana. Por éso es que los juaristas están calificados como traidores á la patria... Traidores porque conservando en el poder á Juárez, toleran que éste haga entrega simulada del territorio nacional á los americanos, como ya ha comenzado á hacerlo. » (*El Acicate* citado por *Men*. 25 junio 1871)

En el año de 1885, Manuel Márquez de León escribía: « La prensa se ocupa hasta el fastidio del contrato Luna, pero nada se ha dicho sobre la distribución de los muchos millones que importan los bonos Carvajal. » 'Esto era inexacto, porque en julio de 1871, *La Unión Liberal* de Guadalajara había publicado acerca de este asunto el siguiente artículo sensacional: « ¡Alerta! La nación está vendida. Los interesantes documentos que publicamos ahora, darán á conocer una vez más lo que debemos esperar del Presidente Juárez, del constante defensor de la Constitución, del hombre de la legalidad, como le llaman sus partidarios; en ellos se pone en claro la traición á la patria, é ignoramos como hasta ahora han sido desconocidos en el Estado, habiéndose publicado desde enero de 1870 en *El Porvenir Nacional* de San Luis... Después de la lectura de esos documentos, se explica el por qué de la reelección, lo que desean los que la apoyan, y la causa de que Juárez, con una tenacidad inconcebible, trate de volver á ocupar la silla presidencial contra la voluntad manifiesta del pueblo mexicano. 'El ha contraído con el Norte el compromiso de fraccionar el país, y de vender una considerable parte de nuestro territorio... Véase, pues, como Juárez ha hipotecado los Estados de Tamaulipas y de San Luis Potosí al pago de treinta millones de bonos, y asegura además aquél con cinco millones de acres de tierras agrícolas, y quinientos mil acres de tierras minerales, y un sesenta por ciento de las rentas federales afectas al pago de los premios de los bonos. ¿Y qué derecho ha dado el pueblo á Juárez para hipotecar el territorio mexicano? ¿Con qué apariencia de legalidad se podría justificar este atentado sin ejemplo? ¿Para qué se pidió y en qué se gastó? La Hacienda no se ha organizado, las rentas

públicas no alcanzan á cubrir el presupuesto, y cada día se nota un deficit mayor... Llamamos la atención de todos los buenos patriotas sobre los documentos siguientes que manifiestan la obra de los hombres de Paso del Norte contra el territorio nacional.

« Oficina de John W. Corlies y C^{ia}. Agencia Financiera de la República de México. Núm. 57. Broadway. Nueva York. Octubre 23 de 1865. Préstamo mexicano. La república constitucional de México, por medio de su Presidente Benito Juárez y su comisionado José María Carvajal, ha contratado con John W. Corlies y C^{ia}, de la ciudad de Nueva York, por la negociación y venta de treinta millones de pesos en bonos con la denominación de \$ 50, \$ 100, \$ 500 y \$ 1,000, pagaderos á los veinte años, contados desde el primero de octubre de 1865, con interés de 7 por ciento al año, pagaderos por semestres en Nueva York, capital é interés pagaderos en oro.

« El pago fiel de los bonos y premio están garantizados por la fe empeñada del gobierno de la república de México y la hipoteca de los Estados de Tamaulipas y San Luis Potosí, y además asegurados por la prenda especial, teniendo el efecto de una hipoteca nacional, de cinco millones de acres de tierras minerales de los Estados de Tamaulipas y San Luis Potosí. Estas tierras agrícolas así como comprometidas están estimadas al precio de uno á cincuenta pesos el acre; y las tierras minerales al valor mínimo de cien pesos por acre. Al precio del gobierno, la seguridad especial así dada, agrega 55 millones de pesos. Además, una suma igual al montante del premio sobre los bonos para el año primero se reservan y se tienen por John W. Corlies y C^{ia}, como fiadores para el gobierno, para el pronto pago de tales premios. Y como mayor seguridad, 60 por 100 de todos los réditos federales y de Estado, dimanados de los derechos de aduana, impuestos y contribuciones de los citados Estados, están también afectos al pago del premio sobre los bonos para un fondo reservado para la redención del capital. En adición, estos fondos serán recibidos como oro en pago de todas monedas debidas al gobierno liberal de México, dentro de los referidos Estados; también en pago de los derechos de puerto, impuestos y contribuciones en el interior de los mismos, y para tierras minerales y agrícolas al precio del gobierno á los actuales colonos, \$ 100 por acre por las primeras, y \$ 1 por acre por las últimas...

« Certificado del señor M. Romero enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de México á los Estados Unidos de América.

« Por el presente certifico que el General José María Carvajal, Gobernador del Estado de Tamaulipas, fué debidamente autorizado el 8 y 12 de noviembre último por el gobierno mexicano para emitir bonos, comprometiéndole la fe del gobierno para el pago de los mismos y empeñando sus rentas; que de acuerdo con la citada autorización, el General Carvajal firmó este día un contrato con los señores John W. Corlies y C^{ia} de esta ciudad, para la negociación y venta de treinta millones de pesos en bonos mexicanos; que el referido contrato ha sido debidamente sometido á mí, y aprobado por mí, de acuerdo con las instrucciones del gobierno mexicano.

« Fechado el 11 de septiembre de 1866. Firmado M. Romero. » (Reproducido por *Men.* 15 julio 1871).

Con justicia decía un periódico liberal: « El incidente en que trabajó el señor Juárez para favorecer los intereses de los Estados Unidos, fué escandaloso » (*El Eco Nacional* citado por *Men.* 21 junio 1871) tanto más escandaloso cuanto que « Matías Romero, según dice Cosmes, aprobó el contrato Carvajal en la persuasión de que no podría realizarse ningún empréstito extranjero en los Estados Unidos sin grandes quebrantos para el erario mexicano, y sin graves riesgos quizá para la integridad y la honra nacionales... Los tenedores americanos de los bonos llamados Carvajal suscitaron las cuestiones relativas al reconocimiento y pago de ese empréstito por la república mexicana, y con los documentos que dieron á luz, vino á arrojarse sobre los hombres de Paso del Norte la injuriosa sospecha de haber comprometido la integridad del territorio nacional á cambio de dinero. » (t. 23. p. 107. t. 21. p. 178).

« A los pocos meses de publicados estos documentos, un diputado liberal denunciaba otro contrato no menos oprobioso, el de la venta de la Baja California, celebrado por Juárez con una compañía de norteamericanos, y respecto al cual Cosmes, de ordinario tan difuso al tratar de las menudencias de la vida de Juárez, se muestra excesivamente parco de palabras. ¿ Acaso será porque la escuela filosófica á que pertenece, y de la que tan puerilmente alardea, le prohíbe hablar acerca de este negocio? »

En la sesión del Congreso, 17 de nov., de 1871, menos escrupuloso fué el diputado Joaquín Alcalde, cuando acusó al gobierno en general de sacrificar la independencia y autonomía de México, y á Juárez de haber « vendido la Baja California. » « Esta inmensa faja de terreno, dijo, se le dió (á Leese) en cambio de \$ 100,000 que el país no recibió para las necesidades de la guerra; que el país no recibió para el auxilio de sus tropas; que no se invirtieron para combatir los avances del enemigo; que no se destinaron á gastos de la administración. Y hay de notable que en aquella inmensa propiedad territorial, los colonos de Jacobo P. Leese estaban exentos de la jurisdicción mexicana en todo lo relativo á la administración municipal, impuestos, contribuciones, etc., es decir, que en territorio mexicano no se obedecía á las autoridades y leyes mexicanas, sino que disponían y gobernaban autoridades extranjeras, y que lo que se combatía en Maximiliano porque quitaba la presidencia, se acataba en Mr. Leese, porque proporcionaba \$ 100,000... »

« El gobierno que amenaza con que si la revolución triunfa, nos absorberán los Estados Unidos y seremos presa del filibusterismo americano, es el que con ese contrato de la Baja California, y otros que por rubor no menciono, ha tratado de entregarnos á la intervención, al protectorado, á la benevolencia de los que vienen á hacer progreso al país, poblando los inmensos desiertos de la Baja California. Y ésto por \$ 100,000... á los que no se ha dado distribución, y los que se repartieron en los Estados Unidos, no entrando en las arcas nacionales. »

« Los aplausos de las galerías, á cada frase de esta vehemente peroración, fueron tan estrepitosos que no pudieron ahogarlos ni la